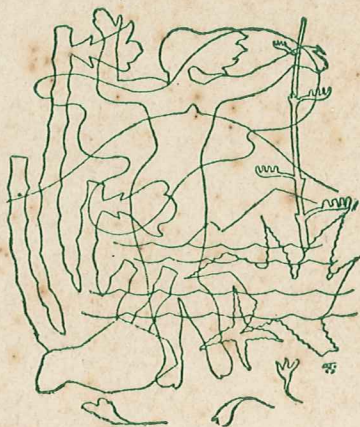


LUIS DIEGO CUSCOY

SOLVEIG,  
LATITUD DE MI ISLA

POEMA

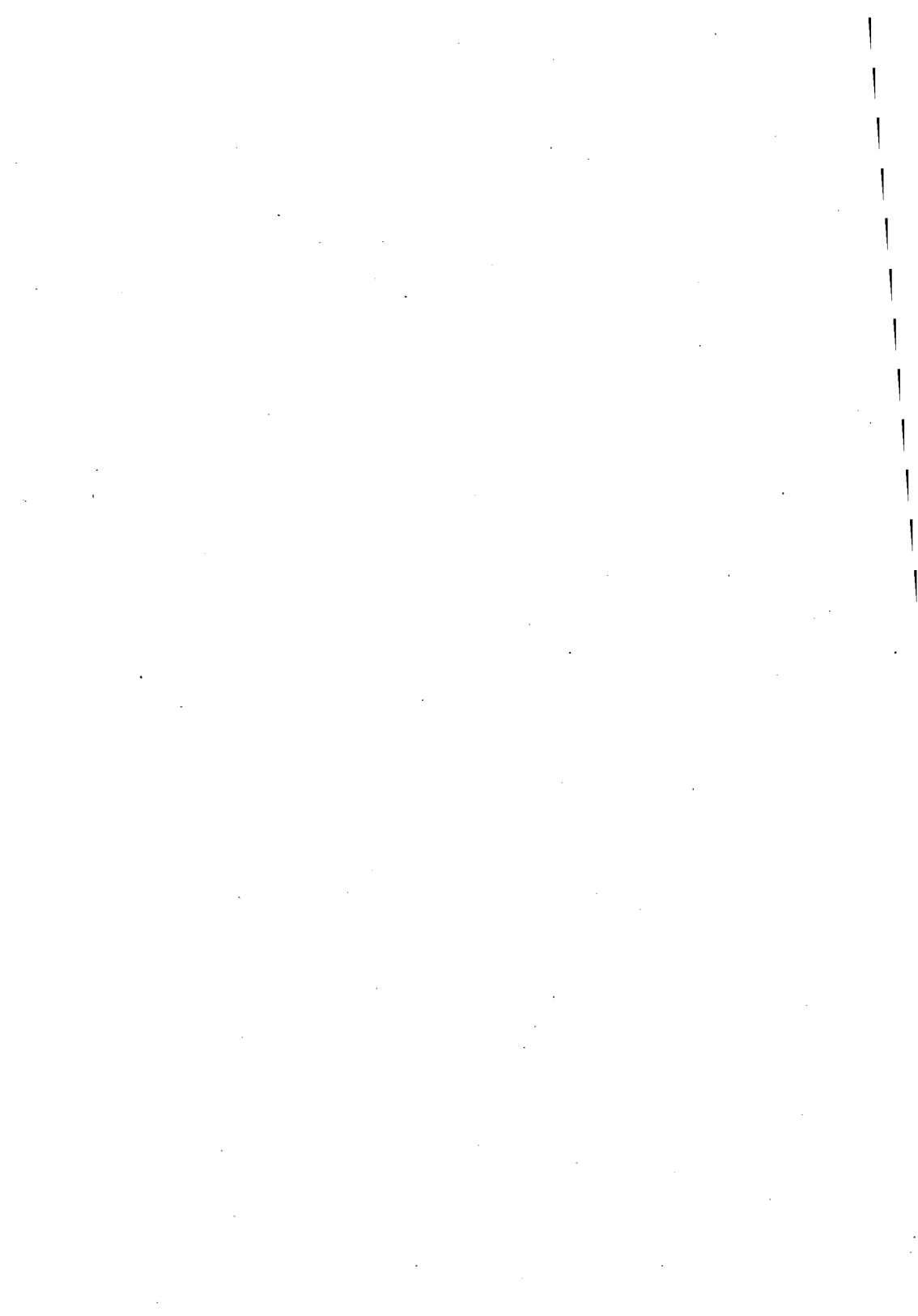


INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS

LA LAGUNA DE TENERIFE

1953

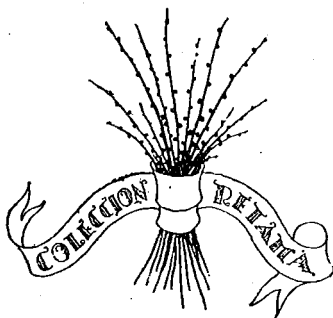




SOLVEIG, LATITUD DE MI ISLA

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS  
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS  
EN LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

---



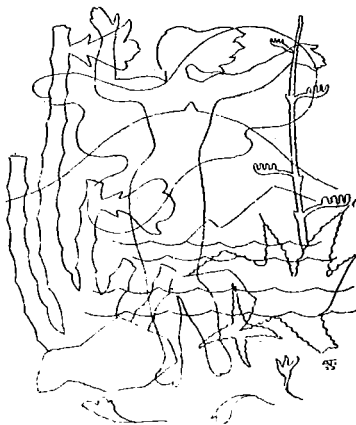
COLECCIÓN RETAMA

VOLUMEN III

LUIS DIEGO CUSCOY

SOLVEIG,  
LATITUD DE MI ISLA

POEMA

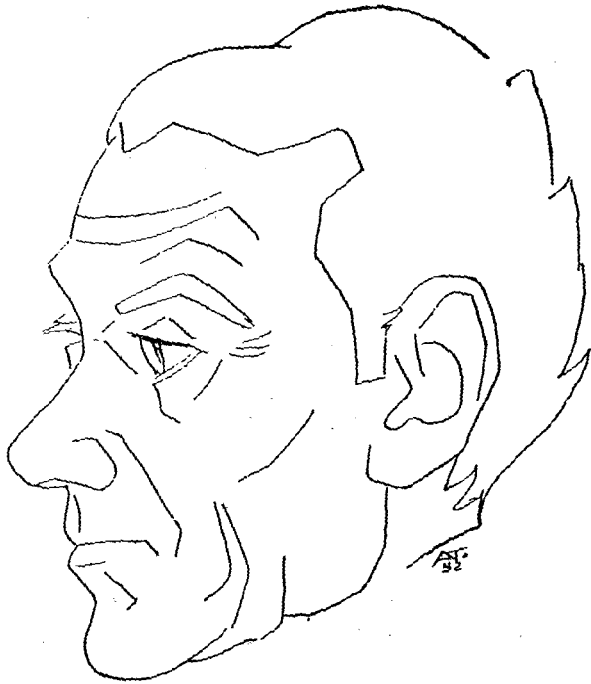


INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS

LA LAGUNA DE TENERIFE

1953

J. RÉGULO, EDITOR.—IMPRESA GUTENBERG, SANTA CRUZ DE LA PALMA

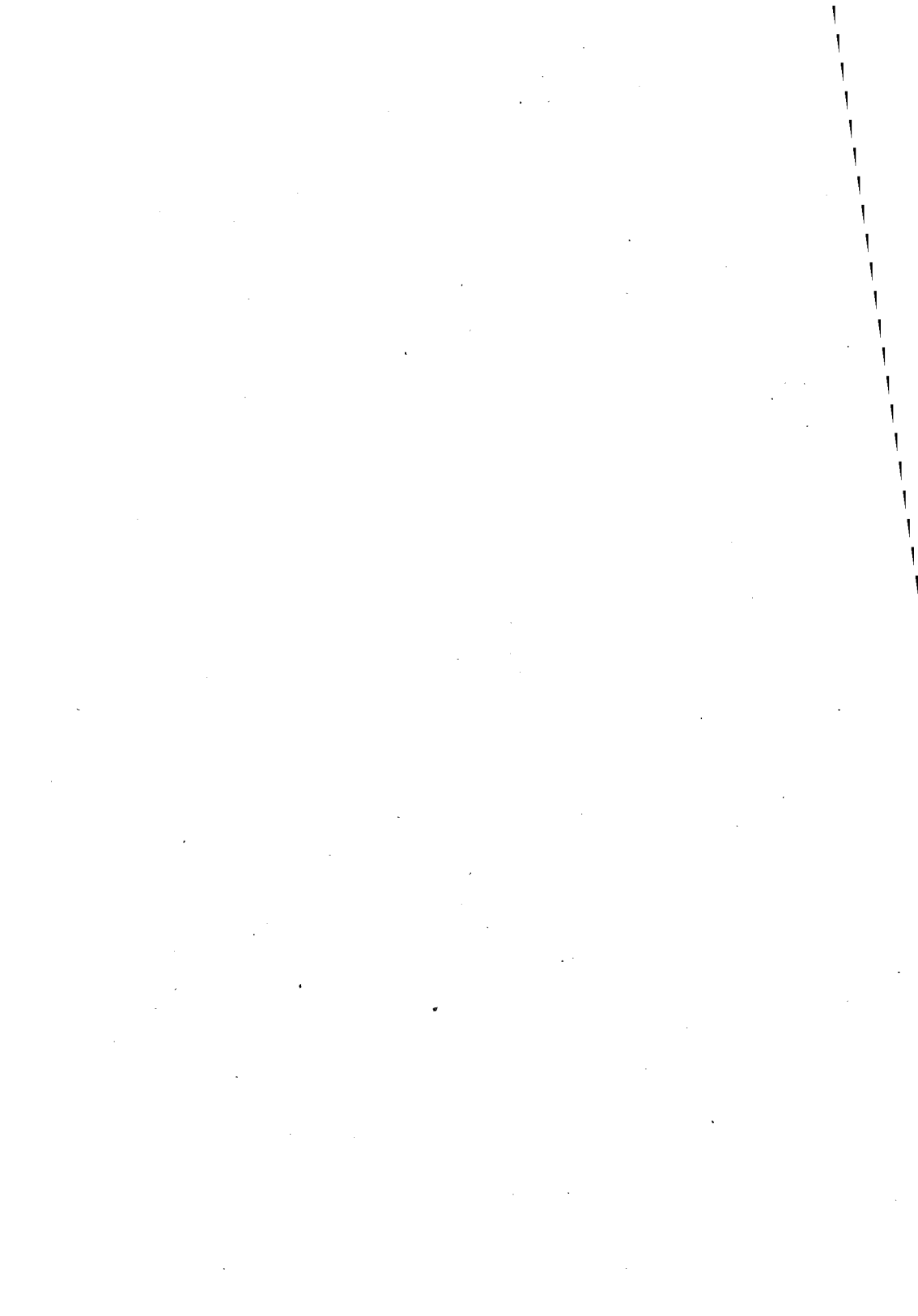




VIÑETAS Y RETRATO DEL AUTOR POR ANTONIO TORRES

*Lentas bandadas blancas de pájaros atlánticos  
vagamente dejaban su paz sobre nosotros...*

**Juan Ramón Jiménez**



## DOS SONETOS DE GERARDO DIEGO

### I

A Luis Diego Cuscoy

*Quiere creer el valle, el triste valle,  
pero no ve. Las nubes son la venda  
de la fe escatológica y tremenda  
que a la razón castiga a que se calle.*

*Y el corazón entonces se abre calle,  
salta a través de nieblas, topa senda  
ciega de amor y aflora a la leyenda  
para que el Teide, al fin, celeste estalle.*

*Teide en su soledad, Teide en su cielo,  
para que el hombre escuche el gran consuelo,  
el silencio de Dios sobre la alfombra.*

*Vuelan, pisan los ángeles prohibidos  
el mar de nubes y cúmulos batidos  
por pies de luz. Y el mundo, abajo, en sombra.*

## II

*... pues olvido es el mar, mudanza el viento.*

VILLAMEDIANA

*Pues olvido es el mar, mudanza el viento  
y tanto viento, tanto mar separa  
tu isla de mi isla y desampara  
tanto horizonte a tanto sentimiento,*

*trepas tú hasta la nieve, hasta el cimientito  
en que el cielo se funde y se declara,  
tan alta en el azul sin sulfatara  
que allá abajo el mar muera de escarmiento.*

*Endurece sus sendas de cristales,  
colma sus fosos, doma sus leones,  
aherrójales bostezos y melenas,*

*que yo a mis siempre hirsutos vendavales  
he de imantar sus furias de ciclones  
hacia el sur suroeste de mis penas.*

I



# 1

NO sé en qué viento blanco, en qué ala rosa  
llegaste, tan callada, a mi costado:  
alguien te trajo hasta la clara orilla  
y en ella te dejó sobre la arena.

No sé por qué viniste, nave con luz y sombra,  
largas noches dobladas a babor y a estribor,  
velamen que pregunta por el viento propicio,  
mástil lleno de estrellas,  
espumas en la roda  
y ancla que busca el fondo sin fondo de mi orilla.



## 2

NO sé en qué viento blanco, en qué ala rosa  
llegaste, tan callada, a mi costado.  
Por una incierta ruta de silencios  
te volverás a ir  
—sola,  
blanca,  
translúcida—,  
deshojándote por todos los cuadrantes.  
El árbol de mi sombra tiene pájaros  
y sus raíces muerden los fondos del océano.  
Te perderás como se pierde todo  
lo que se espera mucho,  
desdoblado crepúsculo con nubes  
sobre un mundo de sombras alargadas.

Hace la rosa su tímido milagro  
y deja de ser flor,  
y se va  
y no vuelve,  
y lo que fue y no es se va con ella.

Tú debías saber que te esperaba  
sobre la pleamar de mis latidos:  
las aves unen mástiles y tierras,  
escrutan horizontes encubiertos  
y se mueren a solas en el aire.

### 3

NO sé en qué viento blanco, en qué ala rosa  
llegaste, tan callada, a mi costado.  
Las olas no sabían qué decirte,  
esperando a saber  
si eras espuma o sueño.

En el ala, en el viento y en la ola  
había un eco de júbilo solar,  
de hora infinita,  
de mundo sin fronteras.

Todo dormía cuando tú llegaste,  
y tú llegabas para despertarlo.  
Tu noche larga se deshizo en luces,  
mi noche tibia deshojó sus flores,  
con tu bordada azul tembló mi orilla,  
tu pie cuajó sus huellas en mi arena.

No sé en qué viento blanco, en qué ala rosa  
llegaste, tan callada, a mi costado.

**II**



# 1

ESTE cálido soplo que te envuelve,  
¿qué hará cuando abandone tu cintura?  
Esta espuma con red de sol y sueños  
prendida de las rocas afiladas,  
te alcanzará la piel fría de brisas,  
el pecho clausurado,  
el latido estelar de tu garganta  
y morirá en el vuelo de tus manos.

Acechan desde cerca  
lagartos de ojos verdes:  
halcones, en el cielo,  
raptan palomas blancas.  
Finas antenas el aire van tentando.  
Un presagio de vuelo se difunde  
con alas grises y élitros dorados.  
Y tus ojos se marchan con el viento.

## 2

TE quiere así la isla, blanca, blanca,  
sobre su tierra negra recostada  
—margarita de luz, cántico inmóvil,  
grito brumoso  
que se deshace al sol del verde acantilado—.

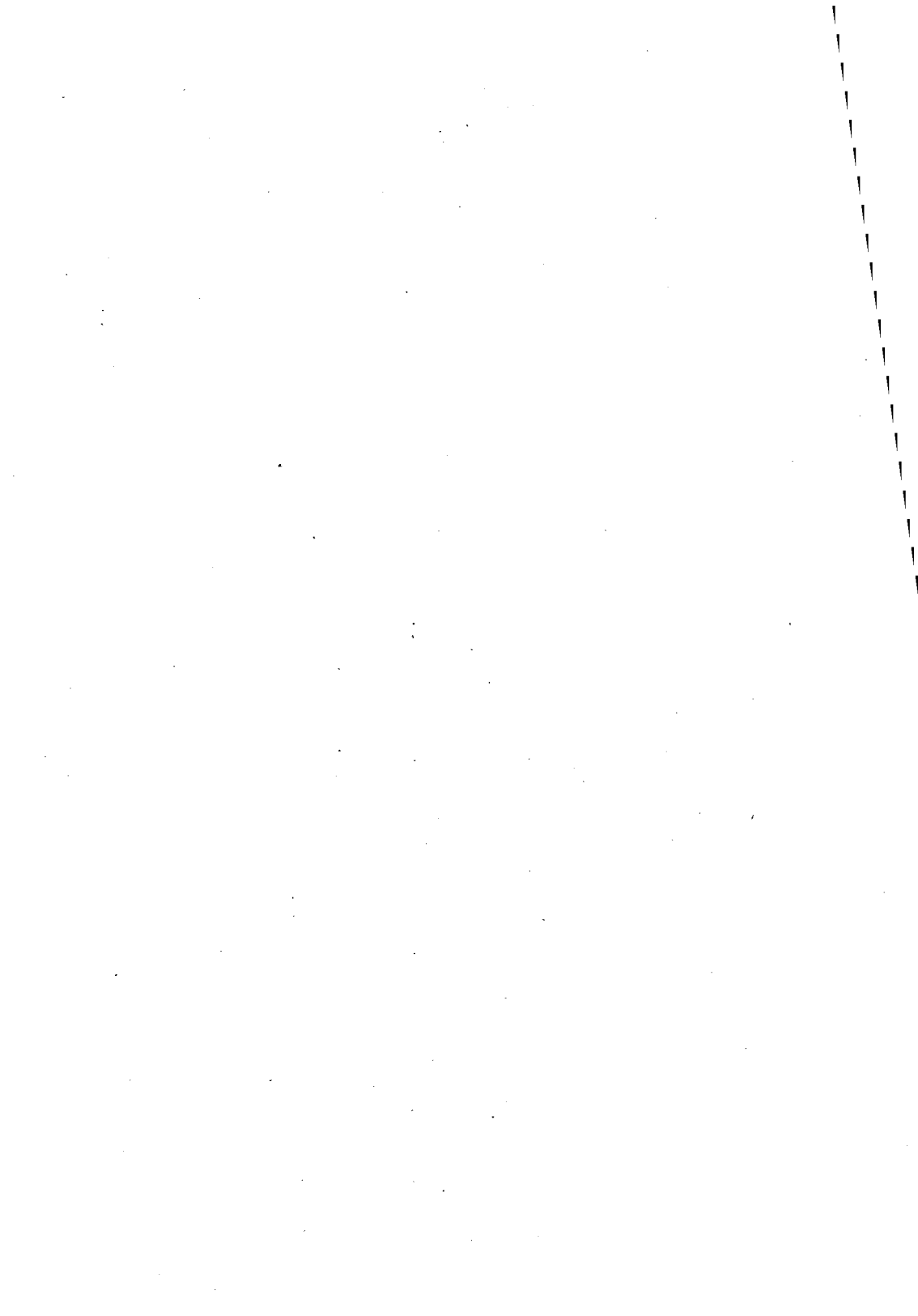
Sube la espuma hasta tu piel de espuma:  
algún ángel lunar te está esperando.  
En el cielo se funden  
terrenales aromas  
con astros y silencios.  
Tus manos, que lo saben,  
repan los contornos de vientos estrellados  
mientras fugaces sombras de águilas marinas  
pasan sobre tus párpados.

### 3

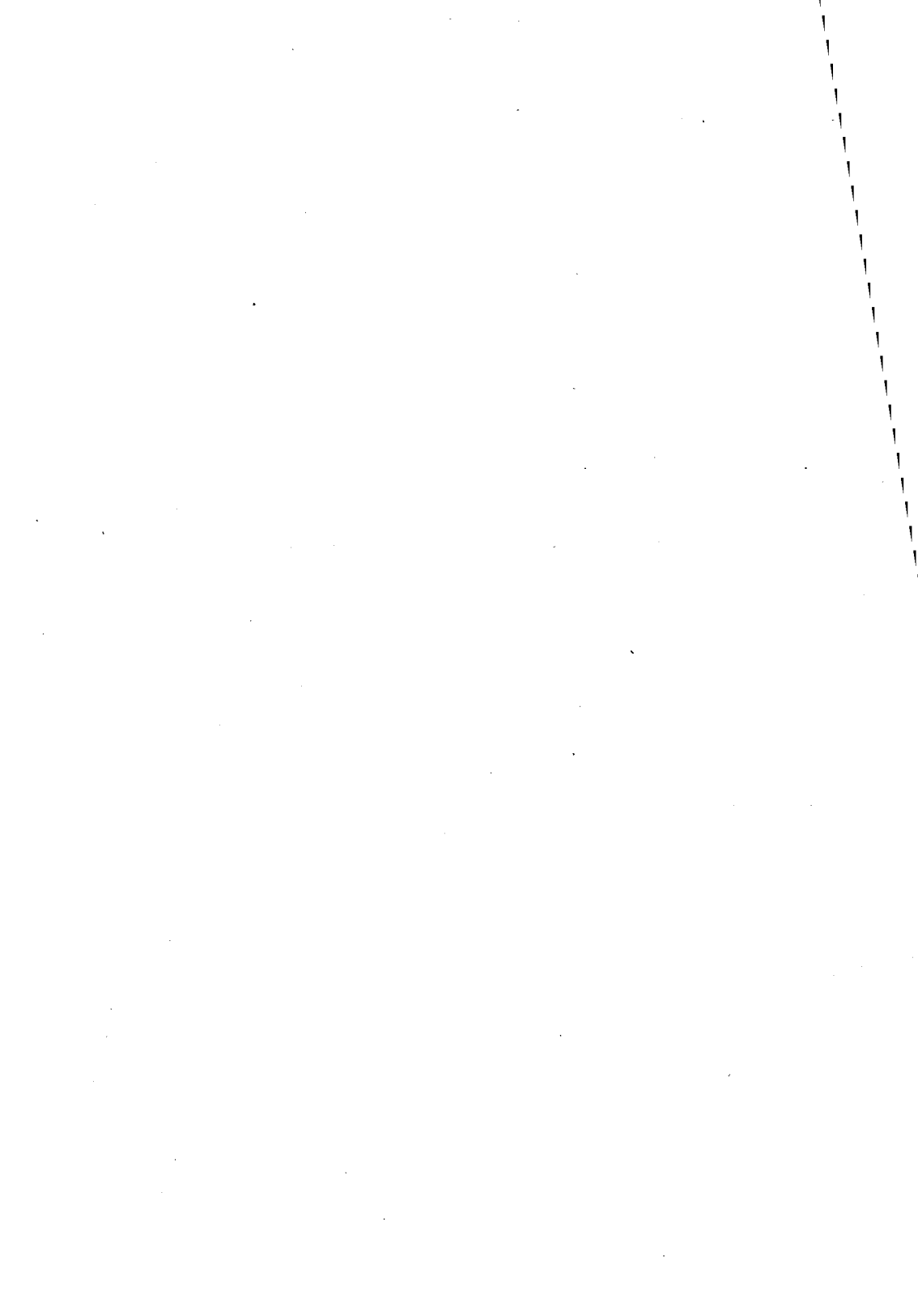
TU voz ganada al viento se alejaba  
por el mismo camino de las aves.  
En un sudor de grises y morados  
la costa, antes azul, se va perdiendo,  
y tú, forma de luz, te vas quedando  
en un ovillo rosa, en un ave cansada,  
en un suspiro que no volverá a oirse,  
en esa mano abierta a la orilla del agua.

Nadie sabía nada,  
pero en el promontorio tallaban tu figura  
mis manos,  
las águilas marinas  
y un viento del oeste  
que se quedó en tus labios.





III



# 1

CUANDO tú lo eras todo  
—sombra leve, montaña  
y eternidad dormida—,  
era yo un grito seco de soledad y altura  
que esperaba  
la muerte de las sombras y el paso de las alas.

Cuando tú eras el eco  
de islotes desolados  
la siempreviva azul te presentía,  
y te esperaba aquella temblorosa margarita  
que de la arena gris se levantaba.  
Vientos de sol y rosas.  
sabían tu llegada;  
gallardetes de algas  
alegraban el cielo.

Allí estaba la roca  
con tu Dios, y mi Dios, y el Dios de todos  
en una creación inesperada  
de vegetales hispídos  
que ceñían tu sombra

caída sobre el suelo  
—derramada, ilusoria—  
empapando  
aquel camino abierto en los basaltos,  
en mi sombrío pecho,  
en el polvo celeste  
y en la carne del mar.

## 2

¡QUÉ blandura mollar diste a las horas  
y qué oscuro alarido  
de tierra negra  
y lejanía insomne  
nos llegó hasta la carne con la brisa salada!

Repicaba el ocaso  
con sus grandes campanas  
cuando tu sombra azul se estremecía.  
Entonces yo te dije  
que en mi boca yacía  
la noche,  
y que otra sombra larga  
llenaría el trasmundo de tus ojos,  
el hilo de tu voz,  
la quietud de tu cuerpo en espera  
de nubes desflecadas.

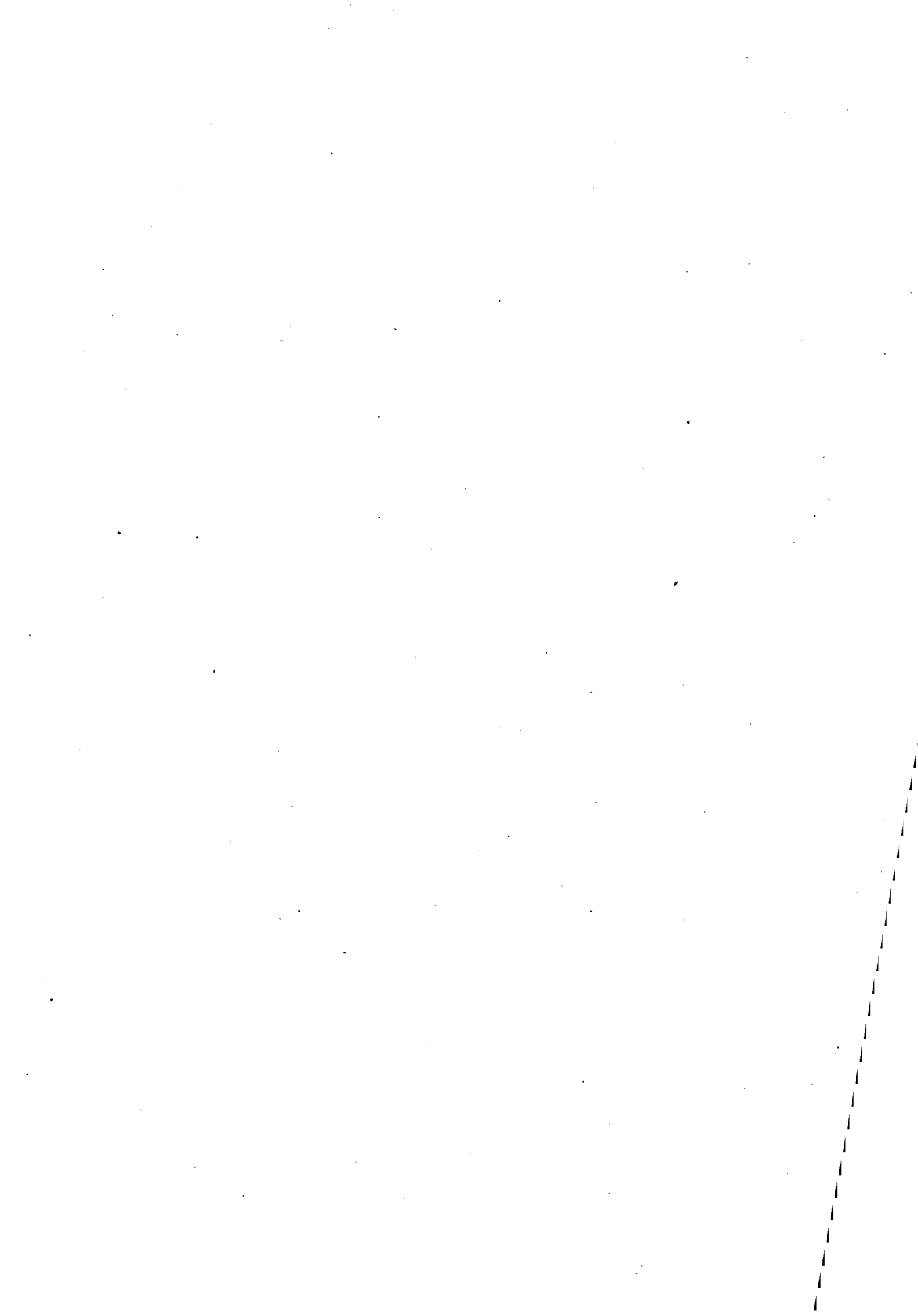
Las dulces margaritas  
cerraban ya sus flores.  
La resaca amainó.  
La siempreviva azul dejó su savia

en los lagos tranquilos de tus ojos.  
Y la tarde se recostó en tu pecho.

Pero tú lo eras todo:  
y tu mano, posada  
sobre el tenso cordaje del ocaso,  
no sé qué melodía repasaba.

IV





# 1

EN las grutas marinas  
aullaban las fieras del mar.  
Un fúlgido arcoiris subía con la espuma.  
Surtidores de luz te vestían de fiesta,  
de primavera intacta,  
mientras tus pies mojados  
se secaban al sol.

La calina distante borra los litorales  
y las euforias grises  
se enroscan a su rígido silencio.  
La tarde contemplaba desde lejos  
la forma de tu espalda.  
Quiméricos islotes huían perseguidos  
por la blanca jauría  
de olas reventadas.  
Mi corazón latía encima de las piedras,  
como un pez, como un ave.  
Solo.

## 2

LEVANTA con tu voz  
esta doliente forma  
de isla humana.  
Devuélvele el aliento a esta tierra,  
que es carne milenaria,  
agonía en el agua.

Anoche te llamaban las estrellas.  
Desde aquí se hacen claras  
las notas más lejanas de Pitágoras.

Floreceste temprano  
—hay corolas y hay albas—,  
cuando las santasnoches adormecen  
sus sedosas campánulas  
y el mar tiende sus olas  
y la tierra prepara su contraluz lechoso  
de nácares translúcidos,  
de rosas intocadas,  
de cantos que amanecen.

### 3

SOBRE el sendero gris que cruza el valle  
pasaste:  
vivas flores de pascua  
fueron por un instante las rosas de los vientos  
de tu mágico atlas.  
En la costa sin sol  
la tabaiba se quedaba sin brisas  
y el plumón de una garza  
temblaba todavía al viento de otra tierra.

Todo es virgen ahora,  
inédita la arista de la piedra,  
nueva tu voz transida de ternura,  
no gustado el aroma del vegetal incienso  
ni tocada esta forma que la calina borra.

4

¡GRÍTALE al mar!  
Rompe esta roca  
con tu cincel de hielo  
y acoge a los brisotes en tus manos.  
Que se sepa que unos pies andariegos  
están sobre la isla.  
¿O es que sólo la miras con un helado gozo?  
    Tu cuerpo, sobre algas,  
navega a la deriva.  
Leyendas ateridas se adormecen  
al borde de estas playas.  
¡Te irás como la espuma!

    Ámame ahora,  
no esperes a mañana.

V



# 1

TIENEN tus manos un júbilo de alondra  
en el mundo de luz que nos envuelve:  
por un rayo de sol van a los cielos  
y en el azul más puro se remansan  
viendo nubes lejanas  
y atrapando rizadas caracolas  
que llegan desde abajo con su rumor marino.

Las brisas son las alas de tus manos  
y las nubes rosadas su descanso:  
y las flores de brezo, ahora mismo,  
paralelos en flor están nevando.

Buscas la fresca rama  
—lluvia de sol y sombra—,  
y en los pulidos troncos de laureles,  
como nieblas que suben con la tarde,  
dejas leves vellones de tu cuerpo  
—acaso blanco,  
acaso rosa—,



vaporoso,  
sin tacto.

. Los helechos te muerden las caderas  
y el bosque todo es un clamor silvestre.

## 2

UNA flor  
quiere saber el eco de tu pecho,  
vegetalavecilla en tu latido  
que entre el verde y la sangre se detiene,  
entre lo inerte  
y el bullir misterioso de los seres:  
entre tú y yo,  
entre lavas y nieves.

La niebla va subiendo hasta los ojos  
como grises caballos desbocados  
—inesperados, mágicos—,  
destrozando las frondas,  
pateando las flores,  
salpicando de espuma  
tu piel,  
tu sueño,  
tu cristalino nombre:  
abatiendo las aves de tus manos,  
desde el más puro azul de la mañana,  
sobre el siena caliente de la tierra.

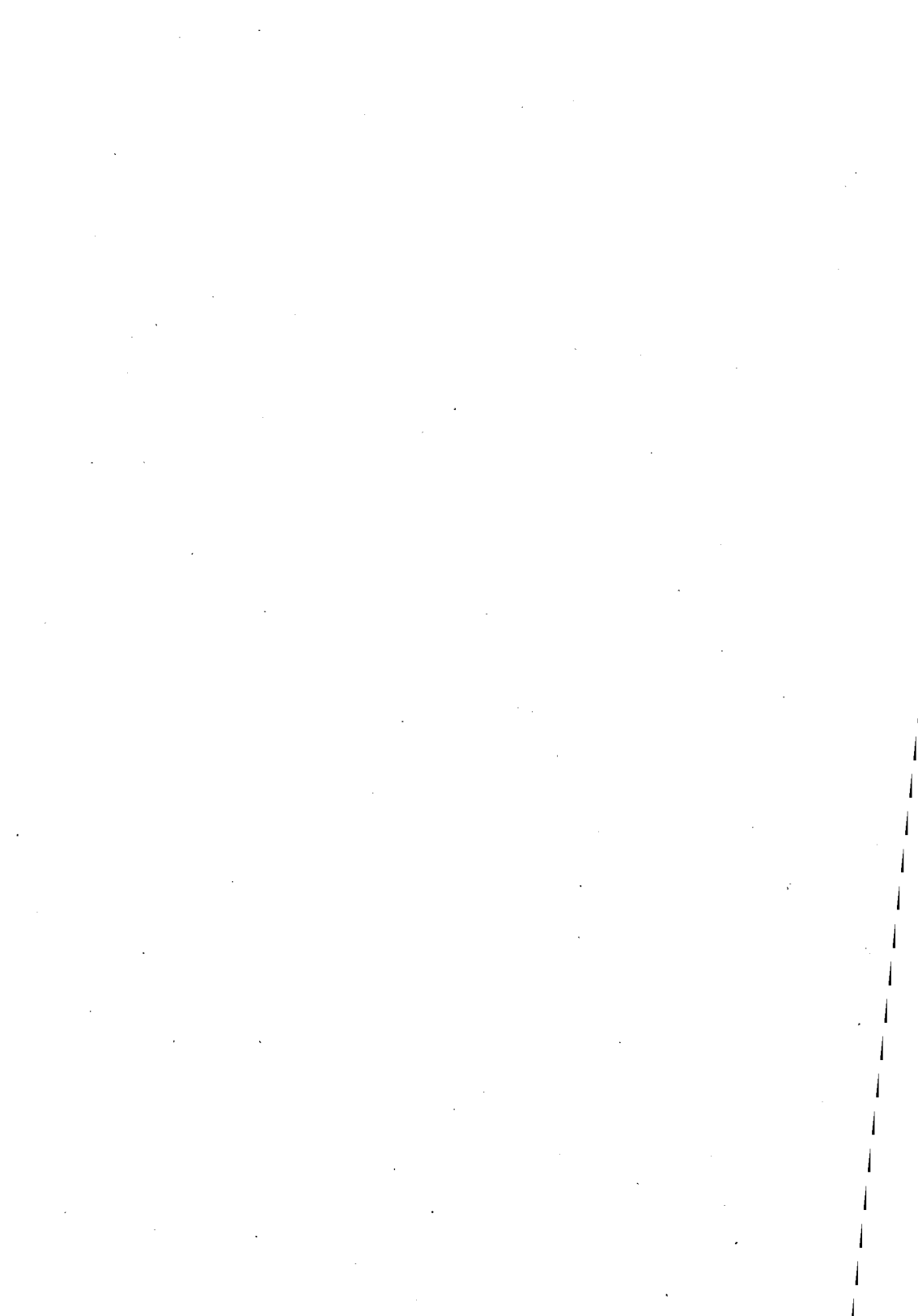
### 3

DEBAJO de nosotros se agitan las montañas  
con sol y viento en sus faldas verdes.  
Subiré con mis bosques a tu boca cerrada,  
con mis flores silvestres  
al clamor de tu pecho;  
con mis nieblas de magia  
a tus ojos distantes;  
a tus hombros en flor,  
con la flor de mis brezos,  
que sabes como son,  
de miel eterna y aljófara delicado.  
Y con este frío impensado del monte,  
con este musgo  
donde nunca durmieron espíritus selváticos.

#### 4

LA soledad llovía de las manos paradas,  
un silencio de alondras barría los laureles,  
los campanarios todos se cerraron sin ángelus.  
El universo, debajo de esta niebla,  
debajo de este musgo  
donde tus pies dialogan  
con los insectos de élitros dorados.

Atardece.  
En la blanda quietud de la montaña  
hay un aire de cosas que no vuelven.



VI



# 1

TODOS los pinos tienen sus ramas encendidas  
y el volcán se levanta de su lecho nuboso.  
Grandes pájaros vuelan sobre el pinar radiante  
y mis cumbres conocen tu presencia.

El escobón simula con sus flores  
nupciales alegrías  
y el codeso desdobra sus lienzos amarillos.  
Calla la camomila  
al borde de las lavas  
y perfuma silencios,  
y llega hasta tu falda como una ola blanca,  
como una ola blanca hasta tu cuerpo rosa  
cuando se baña en sombras sobre este mar de arena.



## 2

¿NACEN flores aquí,  
en este mundo absurdo de lunas descendidas?—  
preguntabas.

Tú bien sabes cuánto amo  
la quietud de estas piedras,  
las quemadas escorias,  
el polvo de las tobas, que reseca los labios.

Nacen flores aquí.

Las ves  
en impensados ámbitos:  
suben hasta tus ojos con las rocas y el viento,  
las coges en tus manos,  
y tu pecho se pone contento de alhelies  
suavemente morados.  
Una ronda de cráteres  
quema el hondo silencio de la tarde.

### 3

PREGUNTABAN los pájaros  
por qué la primavera tenía aquella nieve.  
Y eras tú.  
Te habías detenido en la arrasada cima.  
¡Qué tontos son los pájaros!  
No conocer tu nieve  
rendida en lo más alto  
de aquel filo de estrellas y miradas.

4

CUANDO vuelvas al norte se lo cuentas  
a los patos silvestres,  
que esperan el deshielo de los lagos.  
Yo contaré más cosas  
a estas aves del sol y de las cumbres.  
Ellas me creerán, porque me han visto  
dormir donde tu nieve ha trastornado  
la quietud de las piedras,  
el vuelo y el lenguaje de los pájaros  
y el paso de los ángeles perdidos.

VII



1

Si pudieran hablarte  
estos labios de piedra,  
tu silencio se haría surtidor melodioso.  
Si pudieran tocarte  
estas manos de arena,  
un temblor de volcanes llegaría a tu cuerpo.

No busques pensamientos donde se abren las rosas  
ni preguntes la ruta del islote lejano:  
el alisio no sabe por qué está en tus cabellos,  
está quieta la euforia  
porque Dios lo dispuso  
y tu piel huele a tierra, a marisma y ocaso.

¡Si yo pudiera hablarte!  
Tú, que lo mides todo,  
medirías las bocas de los cráteres viejos,  
sus muecas quemadas,  
las corrientes paradas con su sangre de piedra,  
la altura de los conos,  
el círculo de fuego que me quema la sangre  
y el grito que se queda rendido en las alturas.

2

NO busques pensamientos  
aquí, donde los himnos más fuertes de la tierra  
llenos están de notas solitarias  
—mariposa y halcón, rosa y lagarto,  
margarita y espuma—.  
Ahueca la montaña la línea de su forma  
y da, temblando, el molde de tu cuerpo.  
Grita la luz, arriba,  
con esa desnudez de lo informe y primario,  
y llega hasta tus brazos  
—perezosa—  
colgándote pulseras;  
y llega hasta tu cuello  
cerrándote collares:  
collares y pulseras  
que en el fugaz ocaso se quedarán en sombras.

### 3

¿VOLVERÁS algún día  
—pies desnudos, callada—  
a conquistar aristas labradas por el viento,  
a coronar montañas  
y a dormirte a la sombra del volcán poderoso?

Tienes arenas negras  
y cobres derretidos,  
anaranjadas rocas  
y colinas moradas,  
flores entre la albura  
de un pequeño desierto.

Los colores ardientes te quemaban los ojos.  
Y tú estabas allí  
—pies desnudos, callada—  
con el alma transida de pesadumbre y gozo,  
arañada de rocas  
y cegada de arenas,  
aprendiendo las formas de los volcanes mudos



aprendiendo, midiendo, callando,  
esperando a estallar como una pompa  
sobre el tormento negro de las lavas,  
sobre la blanca flor de la retama.

4

¡Si pudieras hablarme!  
No busques pensamientos  
en medio de estos cráteres de bárbaros perfiles:  
cruje el mundo debajo de tus plantas desnudas;  
hay un magma remoto  
que bulle en lo profundo y en tu pecho,  
que romperá la tierra por donde no sabemos,  
que romperá tu pecho por donde nadie sabe.  
Y en la cósmica noche  
veremos surtidores de fuego, humo rojo,  
sangre en ceniza y grito tendido sobre el mundo.  
Telúricas luciérnagas  
buscarán su cobijo  
en la albura lejana de unas manos dormidas.

5

¡Si pudieras hablarme!...  
¿Qué obstinación aherroja tu sentido y tu labio?  
¿Qué buscas en la cima  
—pies desnudos, callada—  
mientras te dobla el viento?  
¿Qué piensas entre lenguas de lavas que no hablan  
y silencios de piedra?

El ángel que tú llevas  
vuela desde la cima.  
De tu costado abierto se escapa una paloma.  
Pensar, sentir, volver.  
¿Cuándo? ¿Mañana? ¿Nunca?

VIII



# 1

EN los días con sol,  
rosas y amor te cantan  
baladas a la orilla de los lagos.  
En las noches con nieve los lobos te persiguen.  
Siempre está el oso torpe de las sagas del norte  
al borde de los bosques seculares.

Fríos labios sin besos  
callan secretas voces.  
Es de cristal el cielo,  
de cristal las montañas azuladas:  
tu voz se quiebra en un cristal finísimo.

Después del largo ocaso  
la luna se columpia en los abetos  
mientras tú cantas con lengua misteriosa  
algo que yo no entiendo.

Detrás de tu ventana  
un mundo de cristal  
se acuesta sobre nubes.  
Azul cristal lejano se humedece en tus ojos,  
venas heladas cruzan el cristal de tu pecho.

Cuando de las estrellas llueve frío y distancia  
tu pulso se desangra lentamente,  
te deja blanco el cuerpo,  
blanca tu voz de ángel,  
algodonoso el paso,  
el paso de la marcha sin retorno.

## 2

PERO anoche has llegado  
y te he visto con luna  
saliendo de las aguas.  
¿Qué traes entre los dedos?  
¿Nieve de tus distancias  
o palomas dormidas?  
¿Luna de noche helada  
o alba de alabastro?



### 3

ESTÁS aquí, y no acaban  
de fundirse tus hielos.  
La ráfaga obstinada que enfriaba tu carne  
sigue helando tu boca.  
El corazón se queda en lo más hondo  
de un lago sin orillas,  
pero una marejada de cálidos latidos  
se adivina  
en la altamar hermosa de tu pecho.

Aquí laten las cosas  
que van del animal a la rosa silvestre  
y de la piedra al viento.  
Por eso un pecho en sombras  
abre su costillar de pobre hueso  
para que un rojo lago se desangre  
al sol que no te quema.

4

AZORES que no vuelven hacen presas  
debajo de las nubes.

¡Asústalos!

Dispara tu misterio,  
tus albas y palomas.

Rompe

los cristales azules

que simulan montañas;

funde tu nieve, ahora que la isla te abraza.

Quiero que el sol te quemee,

que tu luna de hielo se deshaga,

que entre el viento en tu boca

como un dátil maduro:

y canta, como él sabe, belleza de palmeras

y castidad de rosa.

¡Sí!

Una canción sencilla

que la entiendan las piedras y los pájaros,

y yo, si es que tú quieres

que las islas entiendan de canciones.

Hasta los litorales esperan el milagro.  
Cuando tu lago azul rompa su hielo,  
tu corazón vendrá a flor de agua,  
y allí se quedará, sin una orilla.

IX



# 1

ESPIABA tu sombra  
como se espía el alma al borde del misterio.  
Sabía que llevabas  
riberas en tu pecho,  
orillas en tus ojos,  
flor de viento en tus manos.  
Pocas cosas sabía,  
¡pero eran tan hermosas!  
¿Dónde te había visto antes de aquel crepúsculo?  
¿Qué vendaval de sangre  
anunció tu llegada?...

Espiaba tu sombra  
—tu sombra como un vaho  
sobre el gris de la tarde—  
y quería decirte lo que decirse puede  
cuando no queda nada sobre la faz del mundo.

Acaso te quedabas  
debajo del disuelto rumor de un tamarindo,  
con las primeras flores amarillas  
cayendo sobre el pulso marino de tu pecho.

## 2

—AQUÍ tienes los grises  
—te dije, y tú me oíste—:  
están grises el mar,  
el cielo,  
el sueño que soñamos:  
grises tus ojos fríos y el filo del ocaso.

Se te quedaba gris  
el traje floreado  
y una marea gris  
te cerraba la boca.  
Fue entonces cuando tuve miedo de tu llegada,  
de tu sombra en huída,  
de tu piel,  
de tu entrañado grito,  
de tu silencio,  
de tu avidez de ocasos,  
de luces,  
de días y de noches,  
de todo lo que es  
y no es, mientras pasan

horas grises y espesas delante de tus ojos  
y lloviznan cenizas  
sobre ese corazón  
que no repica glorias.



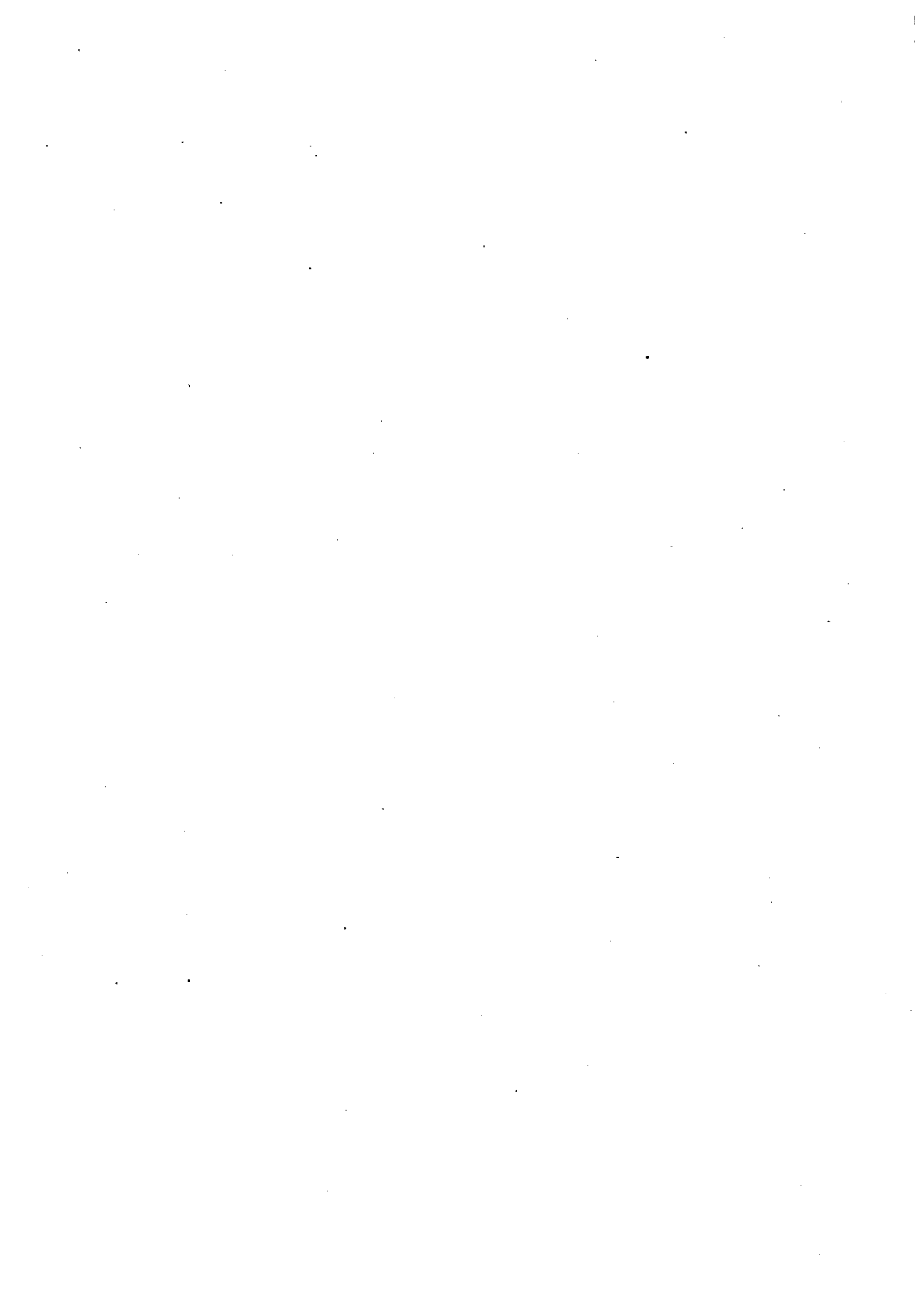
3

—AQUÍ tienes los grises  
—te dije, y tú me oíste—.  
Respondiste tan sólo:  
—Vamos.

Debajo del disuelto rumor del tamarindo  
las flores acallaban el grito de una sombra.  
¿La tuya?  
Dime si está contigo,  
si yace o se levanta,  
si un destino de nubes acecha su periplo.

Hoy no puedo decirte lo que decirte pude  
cuando nada quedaba sobre la faz del mundo.

X



1

NADA más que silencio,  
eso es:  
nada más que silencio.  
Alfabeto estelar en tus ojos  
y tiempo que se marcha en tu calzado  
con el polvo amarillo de los valles.  
Y tiempo que se marcha con el polen  
de las flores abiertas noche y día.

Has traído distancias y algo más:  
un paralelo en flor,  
un fino trazo  
que raya este cristal  
con diamantina nota,  
como un violín que muere, sin dedos, en el aire.  
Y algo más has traído  
con tu invernal silencio,  
con tus manos aladas:  
un susto a los jardines que se abren  
en ámbitos de sol y primavera.

## 2

UN cinturón de viento te ceñía  
las telas de colores a tu talle:  
dedos de carne y greda modelaban  
formas de niebla y gasa,  
dulces y blandas formas,  
pétalos en la piel.  
Caída vía láctea  
dibujaba caminos de luz sobre tu pecho.

### 3

¿Y todo para qué?  
Entre las buganvillas  
tu paralelo en flor,  
mi paralelo en flor,  
la eterna primavera,  
el bóreas ahogando  
tus palabras exangües.

Fui ala tibia entonces  
que salva la locura del platanal joyante  
donde la savia late  
en corazones cárdenos  
y el olor a la tierra lleva a uno muy lejos.  
Fui mano que descansa  
sobre divinas formas.  
Los gérmenes oscuros acechaban  
desde la oscura entraña de la tierra,

4

Y tú estabas allí  
soñando o pensando  
—latiendo,  
huyendo,  
tornando—,  
entre las buganvillas asustadas  
y las arañas negras,  
y los dedos de carne,  
y los dedos de greda,  
y este navío anclado  
en fiordos nebulosos.  
Y este silencio, sí,  
y este silencio  
hecho de ti,  
de sangre quieta,  
de entraña adormecida,  
de primavera  
que se esconde debajo de tus campos de nieve.

XI





1

AUNQUE tengo en mis manos  
azulada de venas la rosa de los vientos  
y rutas incontables parten de mis rompientes,  
las anclas me esclavizan  
a un abisal silencio de algas y corales.

Aunque sales y brisas de remotos cuadrantes  
a mis amuras llegan  
y gritos de aventura  
por bábor me combaten,  
aquí sigo, estibando  
una ilusoria carga que no llegará a puerto.

Aunque incansables peces dibujan mi contorno  
—chorreantes los lomos, aletas irisadas—  
y el agua fosforece en las noches de luna,  
las anclas me esclavizan  
a este silencio lleno de sirenas cansadas.

¡Leva tú estas anclas,  
tú, que ahora mismo acabas  
de llegar a esta orilla!  
Y desde el puerto abierto al lírico horizonte,

arrumba hacia tus costas  
donde brazos nevados  
saludan a las naves que vienen desde lejos.

La rueda del timón  
perfumará tus manos  
con ese olor a tierra que tienen mis orillas,  
y el áspero brisote  
levantará geranios,  
silvestres margaritas,  
gaidiles marfileños  
y tabaibas floridas en botones de fuego.  
La curva de tu espalda se llenará de aromas.

## 2

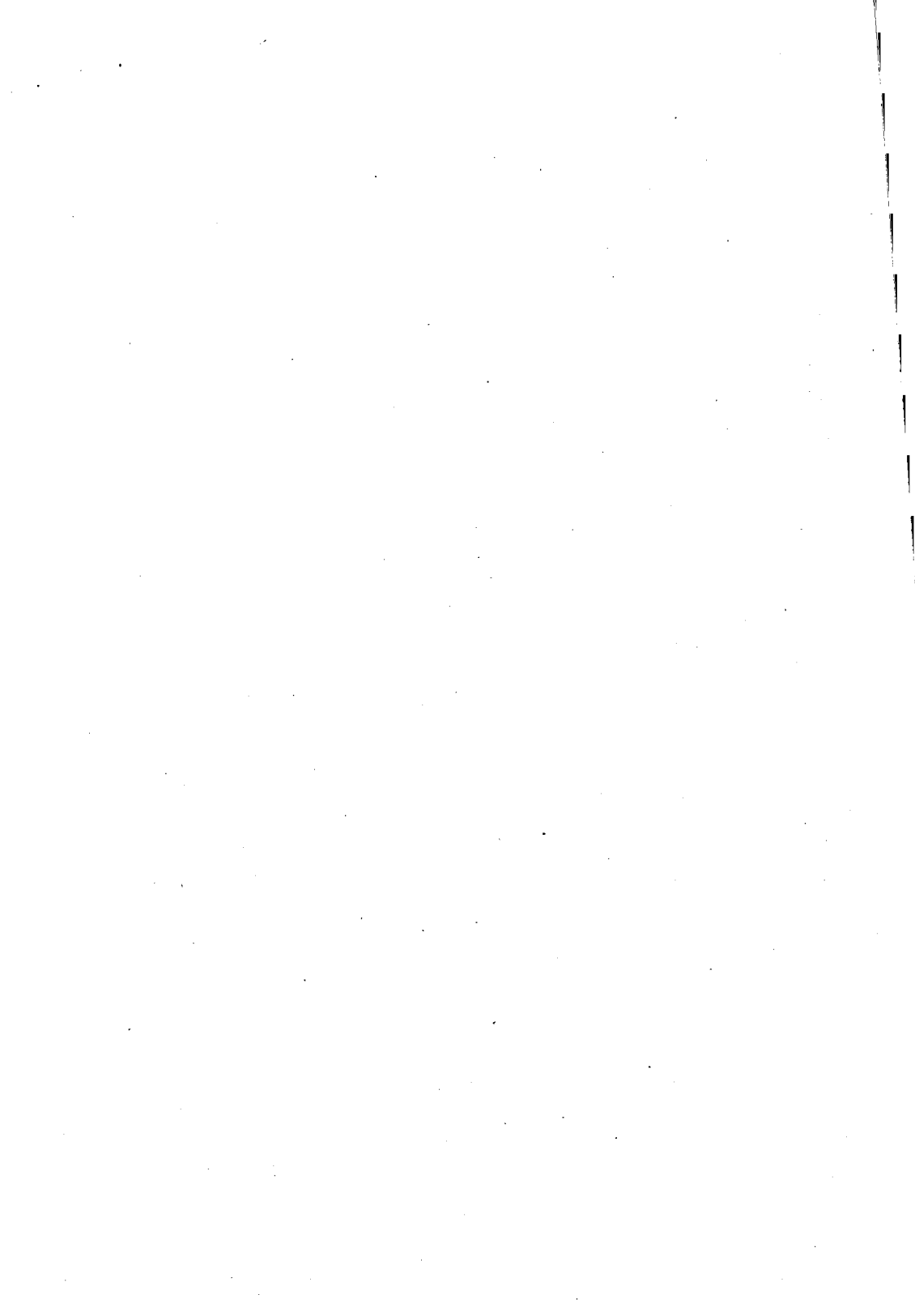
(LA tierra está desnuda  
y los líquenes secos:  
el arrecife se abre  
ceñido de nenúfares)

¡LEVA las anclas, iza  
tu velamen de sueños!  
Las moradas fisalias te enseñarán la ruta  
—navegan sin saberlo, con las anclas echadas—  
y acaso, como a ellas,  
las mareas del alba  
te lancen sobre playas  
con ámbar y estrellas.

Los peces voladores  
te habrán llenado el pecho  
de escamas plateadas  
y el latir de las olas  
se habrá sumado al lento latir de tus arterias.

¡Leva las anclas, iza  
tu velamen de sueños!  
¡Arroja por la borda tu aventura de flores!  
¡Cíñete al viento,  
vence marejadas y piélagos!

Las moradas fisalias te enseñarán la ruta.  
Yo espero que algún día  
las corrientes te acerquen de nuevo a estas restingas.  
Que sobre tu cabeza pase un viento de líquenes  
y de rocas desnudas.



XII





# 1

NO sé en qué escala azul te han encontrado  
los vientos del cuadrante de las rosas,  
alcanzado tu cuerpo, desde el agua,  
por un concierto azul de caracolas.

Este sueño de peces  
se va con las espigas,  
se va con las palomas:  
la espuma se endurece  
en la musculatura de mis rocas.

Tus pechos se levantan  
amamantando céfiros y bóreas;  
el véspero descansa en tu regazo.  
Con un cacho de luna me subo hasta tu cuello.  
Un silencio de brisas y gaviotas  
deja vacío el cielo.  
En un fondeadero de medusas  
se metía la noche.

Los bergantines rondaban tu figura,  
los grumetes, sin sueño, te buscaban.  
Primavera en el mar,

grito del viento en las distancias locas:  
amapolas te visten, si tú quieres,  
cantarán las mareas a tu lado,  
o el pájaro amarillo de la tierra,  
o el capitán que tiene en sus nostalgias  
diagramas de campos y de costas.

## 2

ESTÁS sola en el mar,  
con noches de pardelas  
y amanecer de lluvia,  
con tardes de campanas  
y arco solar tendido  
sobre el día sin término.

### 3

HAZTE a un lado en la arena,  
escucha cómo late,  
allá abajo, la isla.  
Yo, tú, tierra, con noche, mar y cielo,  
amanecer y ocaso,  
sol sin piedad ninguna  
y luna desolada;  
polen libre en el viento  
y savia por los troncos;  
titánicas potencias  
en las inertes rocas  
y en estas manos quietas.

Hazte a un lado en la arena.  
Abre los ojos,  
crepúsculo de cúmulos y lirios  
en remotas orillas con esponjas.

**XIII**



# 1

LA noche se nos va.  
No volverás a ver este misterio  
de flores acostadas que perfuman el aire  
mientras el mar las vela.

Se nos van de las manos  
la impaciencia y el sueño.  
Un silencio de raso  
llega con las estrellas  
llenándote la boca de nombres inaudibles.

No te duermas ahora.  
Mira cómo los cielos vigilan tu abandono  
unciendo tu blancura  
al yugo de la noche.

No hables.  
Deja que lo haga el viento que llega del nordeste  
con la garganta llena  
de arenas y distancias.  
No te duermas ahora.



## 2

LA noche se nos va,  
y ha de irse en silencio,  
como se va la garza,  
como se va la rosa,  
como has de irte tú  
—plumón que vuela,  
perfume fenecido,  
blancura que no vuelve—.

No hables.

Cuando amanezca el grillo  
podrán volar tus manos  
sobre el vitral del alba:  
después se aquietarán  
con las alas plegadas  
en el plomizo marco de mi pena.  
No te duermas ahora.

### 3

Se nos marchó la noche  
con todas las montañas,  
con el grillo y el viento: con tus manos,  
con tu silencio, amor, con tu silencio,  
que tendré que buscar  
debajo de mis rocas.

¡Quién te diría, amor, que tu blancura  
dejó huellas de luz sobre las sombras!



XIV



# 1

QUISIERA volver sobre aquella noche  
en que el mundo cayó entre nuestras manos.  
Una oleada negra nos llenaba los ojos.  
Un címbalo lejano  
vibraba entre los altos eucaliptos.  
Un latido de sangre y una opresión de sueños  
se asomaba a tus ojos.  
Por el cauce del sueño se marchaba la noche,  
por rosadas arterias discurría tu sangre,  
por barrancos-arterias mis torrentes de cumbre:  
sangre y sueño batiendo,  
luchando,  
muriendo  
en nuestras manos frías.

## 2

NADA importaba entonces que las rocas  
nos llenaran de sombras minerales.  
Lo vencíamos todo  
con la pobre palabra apenas dicha,  
con el sólo deseo de ser sombras errantes.  
Tu mano levantaba un aire que tenía  
la calma de la rosa.  
Un cósmico silencio coronaba las cumbres.  
Sobre mi tierra estabas, nieve y sueño,  
y entre los eucaliptos,  
la luna derramada  
y las sendas difusas,  
ibas de paso.

### 3

LA noche levantaba sus fronteras  
y sin dolor nos iba aprisionando;  
sin dolor se quedaba entre nosotros  
—isla y distancia—,  
con mis rocas dolientes  
y tus rosas nevadas,  
con mis troncos henchidos de savia  
y tus brazos exangües.  
Cuando la piedra dijo de besar a la rosa,  
torció su rumbo el viento  
que doblega los pinos,  
pasó sobre las sendas barriendo mis arenas  
y los caminos todos  
se quedaron sin hojas.

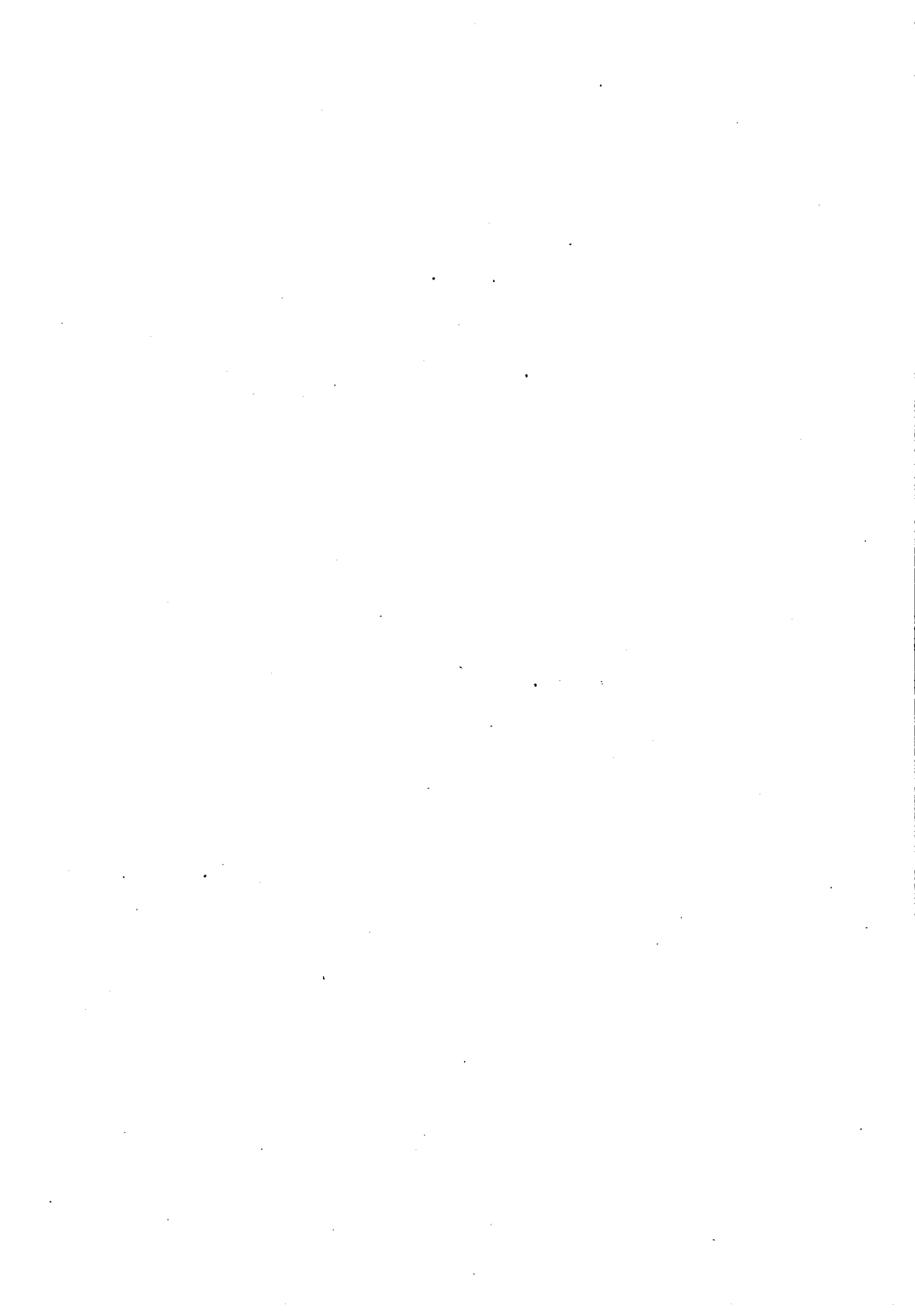


**4**

VOLÓ un ángel de sombra a ras de tierra  
con mis manos de piedra,  
con tus manos nevadas  
debajo de las alas  
hacia el límite azul del contraliso.

¿Puedes decirme ahora  
qué haremos con estas manos angélicas  
paradas a las puertas de un mundo tan cerrado?

XV



# 1

LAS barcas no han llegado  
y el poniente se incendia.  
Tengo mis piedras tibias  
y el cabello mojado:  
el sol de primavera ha venido con lluvia  
y un vaho caliginoso ha deslucido el cielo.

Brillo sobre un trasfondo  
de espumas y topacios  
y el corazón me suena  
a cascabel mojado.

Cuando llegue la noche se encenderán los faros  
—dos largos, uno breve—  
y clavarán sus dardos encendidos  
en mi carne cansada,  
en el bullir profundo de mis calas ocultas.  
La noche tiene miedos encima de las aguas.

## 2

LAS barcas que yo espero  
estarán ya varadas,  
inmóviles,  
tendidas,  
una chispa de luna  
saltando en cada proa  
y los remos cruzados  
como brazos de muerto.

Solamente tú sabes  
que mi orilla está llena  
de abatidos ocasos,  
de obstinados alisios,  
de musgos putrefactos,  
de hermosas flores blancas,  
de cristales de sal,  
de esperanzas vacías,  
de noches intocadas,  
de ti...

### 3

LAS barcas no han llegado  
y el horizonte cierra  
sus cúmulos inmensos.  
Algo naufraga lejos de la doliente orilla  
y no llegará nunca a esta playa con algas.

¿Para qué sirve el mástil  
si la vela se ha roto?  
¿Qué importa la canción  
del mar en las amuras?  
Una barca se pierde cuando menos se espera,  
cuando el faro se enciende para nada  
—dos largos, uno breve—,  
para clavar sus dardos encendidos  
en la carne cansada  
de este cuerpo que espera,  
con los brazos cruzados como remos sin vida,  
con los remos cruzados como brazos sin vida,  
un sudario de espumas.



XVI





# 1

NO me digas adiós:  
la despedida ha de ser sin palabras,  
como lo hacen las nubes, la noche y las medusas.  
Nadie sabe cuándo estas tristes cosas  
han de pasar.  
La mañana se levanta del mar  
hasta nosotros  
y en el fiero basalto se desangra.  
Aquella siempreviva de las costas  
ciñe la gracia azul de tu mirada  
y el vegetal incienso  
sahuma el borde airoso  
de tu vestido claro.

Vuelan las aves sin saber que ahora,  
en un bisel de cactus, euforbias y roquedos  
—incienso en las laderas, liturgia de la isla—,  
se quiebran hiperbóreos silencios  
entre el rumor del viento y de las playas.

## 2

NO me digas adiós. Anoche mismo  
se callaron los élitros  
y el mundo quedó solo.  
Un augurio de cosas que no vuelven  
de la dormida tierra se escapaba.  
Con el alba venían luces y gritos nuevos,  
con el alba,  
con las rosas, amor,  
que fueron rosas sobre la arcada  
azul de la mañana,  
sobre los litorales esponjados,  
sobre mi cuerpo herido de barrancos.

### 3

NO me digas adiós. Llena tu sangre  
con esta ola cálida:  
rompe tu hielo en estas piedras vivas  
y en este pobre corazón descansa.  
Por mi cielo de águilas y halcones  
algún ángel tranquilo  
de tarde en tarde cruza.  
Pies nevados y palomas remotas  
alguna vez se posan en mis ásperas lavas,  
pero después se marchan.

4

NO me digas adiós.  
Los ojos no se cansan  
de azules lejanías,  
de islas fondeadas en un confín de ocasos;  
las olas no se cansan  
de decirte lo mismo;  
la isla no se cansa  
de acariciar tu mano.

Cuando a tu latitud de noche larga  
te llegue la quejumbre de unas cuadernas rotas,  
piensa en tu adiós de flores,  
de primaveras, sí, de primaveras,  
de alisios incansables,  
de corazón prendido en la celeste altura.

Dime entonces adiós. Mírame ahora.  
Las islas también saben cuándo el mundo está solo.

XVII



# 1

AHORA estás en el mar  
viendo cruzar delfines inexhaustos.  
Ahora estás en el mar  
y un tibio paralelo  
se ciñe como un brazo a tu cintura.  
Tu mirada se llena de medusas  
y hasta tu sueño suben  
las sirenas cansadas.

Tus lunados silencios,  
tus abetos distantes,  
tu latitud de osos,  
se ven al otro lado de este sueño con luces.  
Un batir rumoroso te va llevando lejos  
mientras la tarde entona  
una fina balada  
de piel blanca, misterio  
y nocturnos helados.

Otra vez las amuras con su rumor marino.  
Ahora estás en el mar,  
que levanta su pecho porque te sabe cerca,



y mi pecho se hunde porque te sabe lejos,  
y una flora salvaje te querría a su sombra,  
y los viejos laureles  
le dan savia a tus manos.  
Los vientos del nordeste  
perdieron la garganta  
donde por muchas horas  
ciñeron su pañuelo de sedosas calinas.

## 2

LA montaña está sola.

¿Quién te dejó subir hasta las secas cimas  
donde contados ángeles desplegaron sus alas?

¿Quién te dijo que el viento  
deshacía las rocas?

¿Qué buscabas arriba,  
casi pegada al cielo,  
sobre aquel alboroto de montañas quemadas,  
de cráteres abiertos,  
de cenizas calientes y mundos derribados?

Dios te dejó subir  
y Él sabe hacer las cosas.  
Allí estarás por siempre  
como una piedra blanca  
ceñida de deseos,  
palpitando,  
gritando,  
tocada por el viento de la isla,  
respaldada en el cielo

como un ángel de nieve  
esperando a la noche para plegar tus alas.

Ahora estás en el mar.  
Mi tibio paralelo  
se va con tu cintura.

XVIII



# 1

HASTA las manos, sí, hasta las manos  
de piedras y salinas  
me llega tu latido;  
me llega con medusas  
y algas amarillas,  
con el color sombrío de los fondos  
llenos de luces vivas:  
con ese grito entre estelar y oceánico  
que estremece a las islas.

## 2

HASTA las manos, sí, hasta las manos  
me llegan las palomas fatigadas,  
las arenas calientes  
y las velas henchidas.

Alguna vez levanto de la espuma  
un corazón sin sangre,  
un mástil sin bandera,  
un casco destrozado por la luna,  
un cuerpo con el pulso detenido  
en la hora brutal de las tormentas.

Y, sin embargo, hasta las manos llegan  
en flamear innúmero,  
irisadas aletas  
de peces fabulosos  
y estrellas naufragadas,  
grandes flores desnudas  
sobre la oscura arena de las playas,  
tarajales tocados  
por el morado dedo del ocaso  
y horizontes con naves  
rumbo a puertos remotos.

### 3

HASTA las manos, sí, hasta las manos  
desciende el cielo sin decirme nada:  
pasa el viento con pájaros y rosas,  
las cumbres se derriten  
y los conos levantan  
sus turbadores vértices.

Entonces yo quisiera  
ser la vela y el mástil  
y el casco bautizado  
con un hermoso nombre,  
y las olas batiendo en la cubierta  
y hasta mi propio viento  
y mi rumbo aprendido en las estrellas.  
Y ser ese latido que me llega a las manos  
para ponerlo junto  
a este pecho de piedra  
que late como el mundo:  
a este pecho de piedra, a esta proa de rocas,



a este casco de espumas  
mantenido en su rumbo  
por un timón que sabe  
la dulzura de un labio.

## 4

HASTA las manos, sí, hasta las manos  
llegan sueños de carne,  
aventuras y velas bordeando la historia,  
caricias de doncellas  
que sólo navegaron para verme.

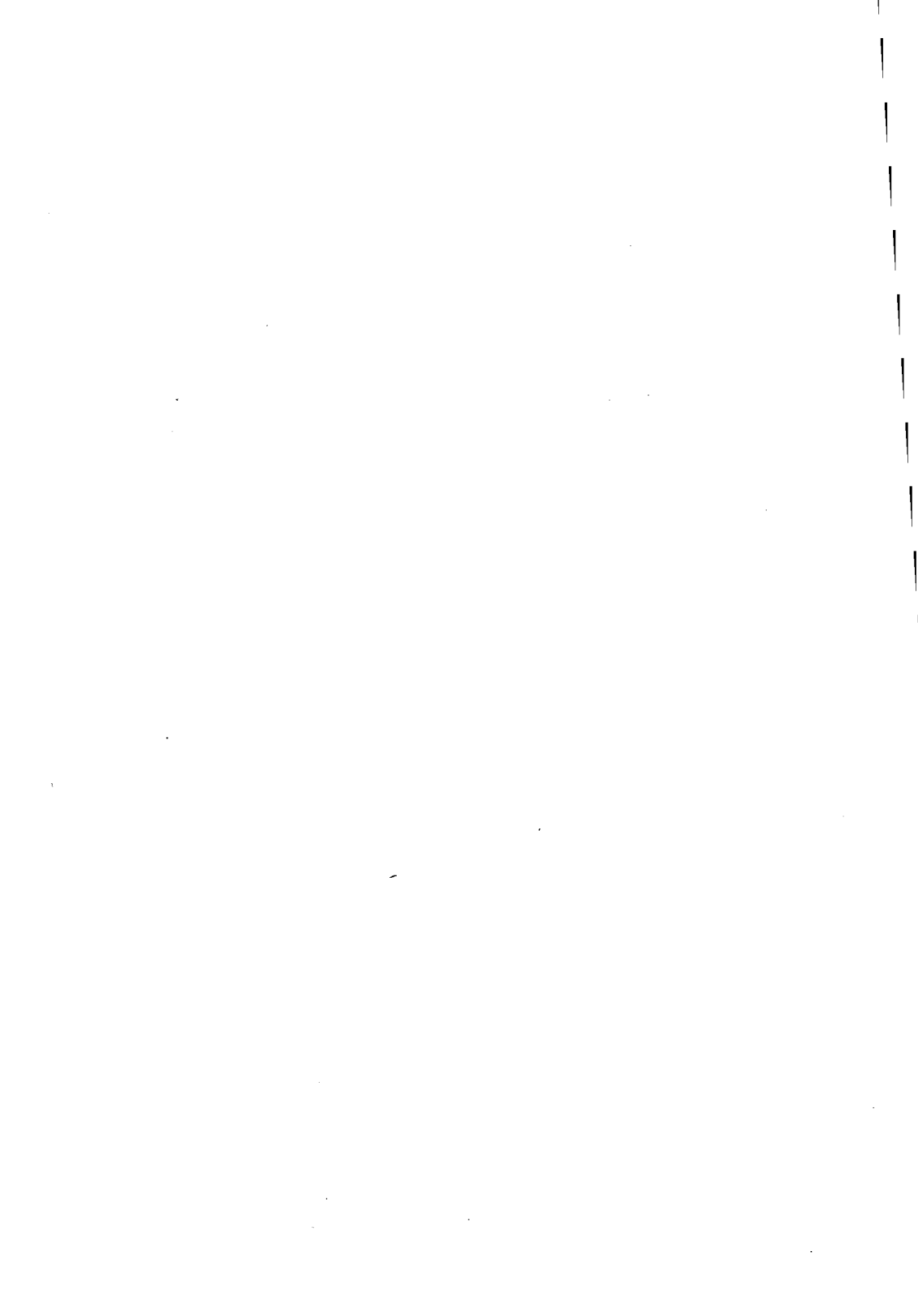
Y estoy aquí, lleno de sol y redes,  
pescando en el azul  
mi propia maravilla,  
sacando de los fondos  
la pedrería azul de las sirenas,  
recogiendo del cielo  
bandadas de delfines como nubes.

Y estoy aquí con algas y retamas,  
con vientos del nordeste sobre el sueño,  
con fuego y pesadumbre de volcanes,  
para darte una rosa,  
un nácar diminuto,  
un paisaje amarillo,  
un grito de muchacha en la colina,  
un cuerpo de muchacha en las arenas,  
un nombre de muchacha en el costado.

## 5

HASTA las manos, sí, hasta las manos  
la tempestad levanta sus espumas;  
llega el viento a la boca  
y al corazón el mundo.  
Tensan los paralelos sus cuerdas melodiosas  
y canto la canción más dulce de mi orilla.  
Al alisio incansable  
despliego mi velamen  
y arrumbo hacia los cielos,  
a recalar en puertos  
de ángeles marinos.

XIX



# 1

NO fueron bien las cosas.  
Los heráldicos peces dejaron mis cuarteles,  
las manzanas del mito  
cayeron de las ramas:  
sólo me quedan huesos  
batidos por las olas;  
la carne se hizo arena,  
el alma se hizo grito,  
grito que todavía clama sobre los montes,  
que te sigue llamando,  
que dejará de ser  
cuando la isla se hunda,  
cuando los peces vuelvan  
a cuarteles anónimos,  
cuando nadie pregunte  
por estas latitudes.

## 2

PERO estará tu nombre escrito sobre el agua,  
lo leerán los astros  
que sigan gravitando  
por el espacio lleno  
del grito de mi boca,  
mi pobre boca llena con tu nombre.

Sin ojos y sin manos  
para buscar tu sombra,  
sin pecho que presuma  
muerte, ni amor ni llanto.

### 3

NO fueron bien las cosas, y no debes saberlo,  
porque hay eternidad sobre las aguas  
y memoria infinita en el espacio.  
Y sólo Dios conoce  
esas mínimas cosas  
que arrasan bruscamente  
la carne de una isla,  
el grito de una isla,  
el nombre de una isla,  
el alma de una isla,  
la suave latitud donde una mano  
escribió para siempre tu nombre sobre el agua,  
la suave latitud donde una boca  
lanzó hacia los astros la niebla de tu nombre.





# EPÍLOGO



# 1

NADIE está aquí.

¡Qué soledad de auroras en los ojos!  
¡Qué punzante silencio en los oídos!  
¡Qué arrebatado vuelco de amarguras  
cuando el mar se llevó  
las huellas de tus pasos!  
¡Qué gritos en las cumbres  
y qué muerte en los valles!  
¡Qué negra pesadumbre en las espaldas!  
¡Qué abandono de flores  
y qué inútil dolor dentro del pecho!

Las islas se nos mueren poco a poco,  
a dentelladas de olas y distancias,  
anegadas de sueños,  
escupidas por bocas pasajeras,  
tocadas brutalmente  
por tantas manos sucias.

Alguna vez se salvan

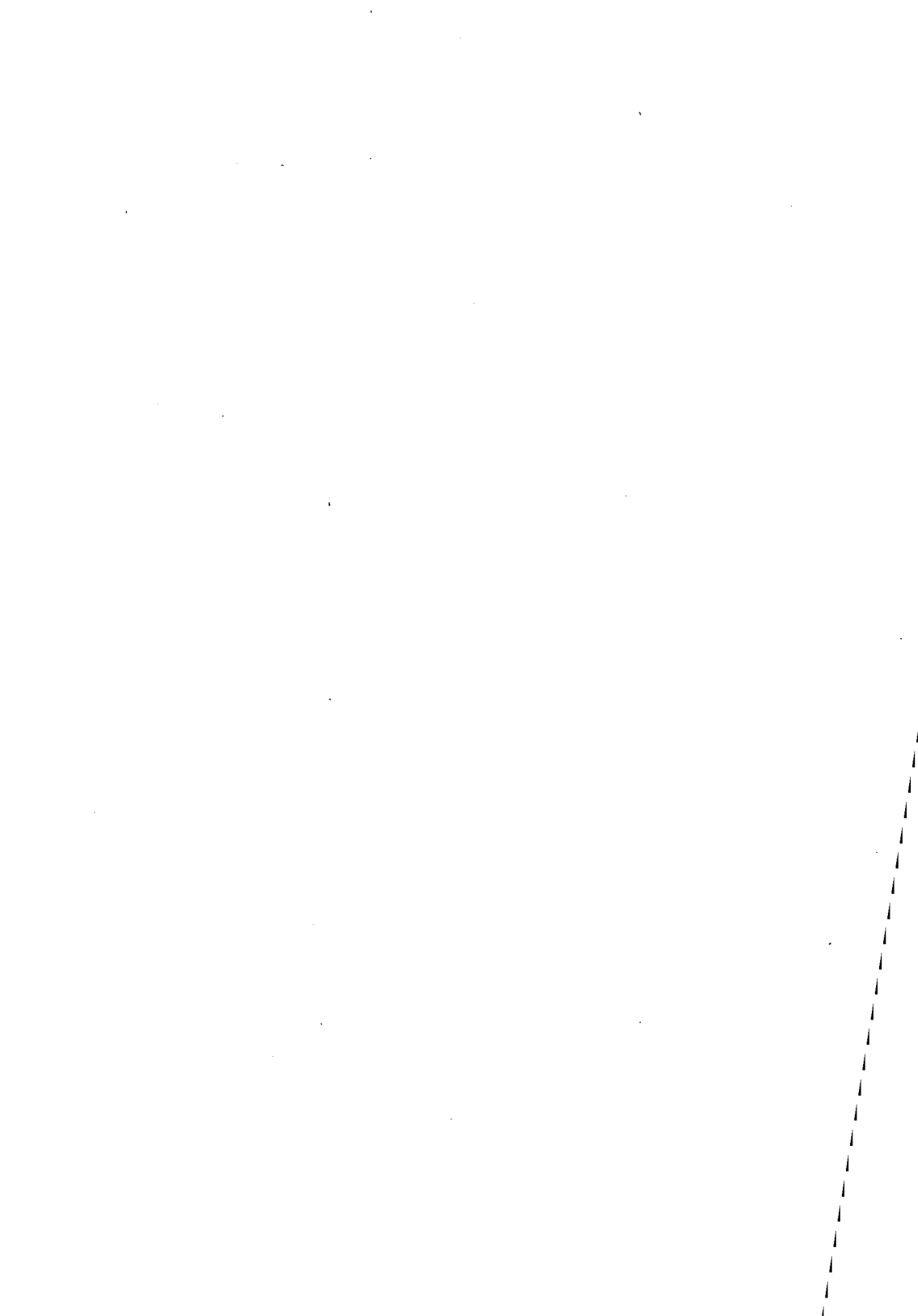
en un tibio regazo,  
en el lapso solar de dos crepúsculos,  
antes de que la noche  
tiña de negro el cuerpo y la ternura.

## 2

NADIE está aquí.  
Tu pecho junto al mío ya no es nada;  
polvo en el viento,  
ave quemada sobre la ardiente duna,  
calor que se recuerda y no se tiene.

Pero la isla está sobre un silencio  
que eternamente tejen los corales:  
acaso sobre ti, que la entendiste...  
y la dejaste.

Flores de hirsuta aulaga se me enredan  
al corazón y al sueño.  
Nadie está aquí  
para ver esta sangre.  
Ni tú.



ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA CINCO DE  
ENERO DE MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y TRES, EN LA  
IMPRESA GUTENBERG DE SANTA CRUZ DE LA PALMA,  
CANARIAS, AL CUIDADO DEL EDITOR J. RÉGULO PÉREZ



